

Nuevos enigmas, nuevos desafíos: la socialización de los más jóvenes en la red de redes

Documentos de trabajo



OBSERVATORIO ARGENTINO DE
VIOLENCIA
EN LAS ESCUELAS

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA NACIÓN

Prof. Alberto Sileoni

SECRETARIA DE EDUCACIÓN

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

SECRETARIO CONSEJO FEDERAL DE EDUCACIÓN

Prof. Domingo De Cara

SUBSECRETARIA DE EQUIDAD Y CALIDAD

Lic. Mara Brawer

OBSERVATORIO ARGENTINO DE VIOLENCIA EN LAS ESCUELAS

COORDINADOR POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN MARTÍN

Dr. Gabriel Noel

COORDINADORA POR EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Lic. Marta García Costoya

Elaboración del documento

Dr. Gabriel Noel

Lic. Mariana Álvarez

Nuevos enigmas, nuevos desafíos: la socialización de los más jóvenes en la red de redes

Como señalan numerosos analistas, los tiempos actuales se nos presentan como fuente de gran incertidumbre, y específicamente de incertidumbre identitaria. Esto implica que hoy día las personas, en líneas generales, tienen mayores dificultades que antaño para responder significativamente a la pregunta “quién soy” o “qué soy”.

Esta incertidumbre surge como consecuencia de un proceso secular que habitualmente se denomina “individualización”, y que implica que los sujetos contemporáneos están atravesados por una demanda de autoconstrucción permanente que los obliga a intentar encontrar “por sí mismos” la respuesta a la pregunta “quién soy”, en un proceso constante de reinención y (re)descubrimiento.

Hasta no hace mucho tiempo, encontrábamos una serie de instituciones – movimientos políticos, afiliaciones religiosas, pertenencias laborales o sociales varias– que eliminaban gran parte de la ansiedad relacionada con esta clase de preguntas. Uno heredaba, en líneas generales, muchas de estas afiliaciones, otras eran adquiridas en el transcurso de la trayectoria biográfica, pero todas ellas cubrían un amplio espectro de la vida social y permitían responder a sí mismo y a otros la pregunta “¿quién soy?” de manera satisfactoria y comprensible.

Si bien estas instituciones no desaparecieron, la relación que los sujetos de hoy día guardan con ellas es mucho más distante, crítica y fragilizada: los individuos modernos se enorgullecen de su “independencia de criterios”, lo cual implica poder estar en desacuerdo permanente con las mismas instituciones a las que reclaman pertenencia.

Aún cuando en una dimensión este pueda parecer un proceso bienvenido, en la medida en que aumentaría los grados de libertad de los sujetos respecto de las instituciones y, correlativamente, disminuiría el de éstas para “someter las conciencias”, la individuación creciente obliga a los sujetos contemporáneos a un

proceso permanente de “construcción de sí” mucho más acentuado y perentorio que el de otrora.

Sin duda alguna, esta demanda se ejerce de manera sobresaliente sobre los jóvenes, en la medida en que es en esta etapa de la biografía individual en la que la pregunta “quién soy” se plantea por primera vez con toda su fuerza.

No debemos olvidar, en efecto, que la identidad no es algo que uno simplemente “tiene”: la identidad es un diálogo complejo entre una serie de demandas (propuestas que afirman “yo soy esto”) y respuestas a esas demandas que las refuerzan o las impugnan (“sí, sos eso” o “no, no sos eso que decís ser”) y que son a su vez contraargumentadas en un proceso permanente de negociación interpersonal.

Hoy por hoy, la vida de los jóvenes está inmersa, en líneas generales, en lo que suele llamarse “nuevas tecnologías de la información y la comunicación” – aunque a esta altura tengan poco de nuevas: su supuesta novedad habla más bien de la perplejidad de los adultos que de su permanencia en el tiempo. Estos espacios virtuales permiten el despliegue de un escenario múltiple y polifónico en el que se juega una parte importante (aunque, claro está, no exclusiva) de la construcción identitaria de los jóvenes urbanos contemporáneos, con un alcance y una asiduidad que el contacto cara a cara difícilmente lo permite.

Estos procesos, ineludiblemente, involucran nuevas formas de sensibilidad y percepción que tienen consecuencias importantes en los procesos de subjetivación de los jóvenes. Indagar y comprender esos sentidos es, sin duda alguna, un desafío fundamental para poder acercarnos y comunicarnos con estas nuevas generaciones.

La emergencia y proliferación de los chatrooms, blogs, fotologs, plataformas para compartir videos como *YouTube* o redes sociales como *Flickr*, *MySpace* o *Facebook* permiten y estimulan la (hiper)visibilización de sus usuarios. Y la visibilidad y la actividad, a su vez, devienen sinónimo de existencia así como la conectividad de popularidad.

Las modalidades de interrelación que estos dispositivos hacen posible requiere y potencia la exteriorización, exposición y propagación de la cotidianidad:

anécdotas, sensibilidades y sensaciones, vivencias y emociones, conflictos y sentimientos son exteriorizados, compartidos y, por tanto, sometidos al escrutinio permanente de terceros, que ubica a la persona ante una demanda permanente de exhibición, que busca, de manera explícita o implícita, la aprobación de estos terceros.

Siendo así, la distinción entre lo “público” y lo “privado” se constituye en una frontera laxa y permeable. Más específicamente, lo privado se encoge en detrimento de lo público (entendido como aquello que se da a publicidad). Y la noción de intimidad entra así en crisis.

Todo este proceso nos permite poner en perspectiva – y en último término comprender – la popularidad que han alcanzado las herramientas digitales como los blogs o los fotologs entre los jóvenes, ya que los mismos les permiten producir constantemente mensajes sobre sí mismos y, por tanto, responder a la demanda simultánea de construirse una identidad de manera que la misma resulte valorada por el grupo de pares.

Ahora bien: en la medida en que, como decíamos, la popularidad deviene uno de los atributos fundamentales en la construcción de una identidad “positiva” (esto es, considerada como valiosa, digna de elogio), los medios masivos de comunicación juegan un rol preponderante en la amplificación de estos efectos, puesto que su legitimidad en cuanto a la construcción de popularidad se refiere revalida, refuerza y multiplica aquella construida y sostenida desde estas plataformas virtuales.

Bajo la consigna de hacer participar a sus audiencias en la “construcción de la noticia”, los medios masivos alientan a sus televidentes a registrar con sus cámaras, filmadoras o teléfonos celulares acontecimientos de la vida cotidiana, muchos de los cuales luego, y de acuerdo con las lógicas inherentes a la agenda periodística, alcanzarán el estatuto de “noticia”. Es así como pequeñas historias personales, episodios varios, desventuras juveniles, se convierten en mercancías valiosas para la industria de la información, en la medida en que proveen “algo para mostrar”, “pequeños dramas de la vida cotidiana”.

Esta lógica encuentra una afinidad electiva – es decir una suerte de “complicidad natural” – en el imperativo de mostrarse de los jóvenes al que ya hemos hecho

referencia. Los jóvenes son sumamente astutos y conocen de sobra los criterios de lo “noticiable”, aún cuando no hayan pasado por una escuela de periodismo. Siendo así, procuran muchas veces seducir a los medios presentándoles precisamente las mercancías que saben éstos consideran valiosas: es decir las más escandalosas y “trasgresoras”, en la medida en que estas garantizan – y ellos lo saben – una de las monedas más valiosas en la construcción de la identidad: la popularidad.

Ahora bien: otra de las consecuencias de este proceso acelerado de individuación al que nos hemos estado refiriendo es que el “yo” cobra una preeminencia sobresaliente, lo cual implica, de manera correlativa un cierto desdibujamiento de los “otros”, que pasan a ser elementos de la escena o del paisaje dentro del cual este yo se despliega y se exhibe. Obviamente esto no se aplica de igual manera a todos los “otros”: afecta principalmente a aquellos otros que se sitúan por fuera del grupo de referencia inmediato, que coincide generalmente con el grupo de pares (es decir, en principio a los adultos, pero también a los jóvenes que no forman parte de los propios grupos de referencia).

Apenas necesitamos decir que en estos tiempos donde los vínculos de los jóvenes, sus modalidades de expresión, la construcción de sus subjetividades y, en general, buena parte de las prácticas sociales están atravesadas y mediatizadas por las nuevas tecnologías, no hay razón para suponer – y menos aún para pretender – que la escuela y su cotidianeidad estén exentas o preservadas de estos procesos.

Por todo lo ya dicho puede comprenderse fácilmente por qué los conflictos cotidianos, los problemas de convivencia o incluso los casos de violencia en escenarios escolares encuentran amplia repercusión en los espacios de sociabilidad de los jóvenes primero y – casi siempre – en la escena mediática después.

Claro que en esta sobreexposición hay una trampa: la presentación constante de registros de estos hechos de violencia podrían hacernos suponer que son omnipresentes en la escena escolar, aunque de hecho no lo sean. Puede parecer una verdad de Perogrullo, pero nunca está de más recordar que el que un hecho sea noticia es sinónimo de alguna clase de excepcionalidad: lo ordinario no suele ser noticiable y la aparición de estos “testimonios” en los medios da cuenta, precisamente, de su excepcionalidad.

La pregunta que se impone ante este complejo cuadro es cómo intentar romper con esta lógica. Apurémonos a señalar que los asuntos complejos no pueden tener jamás respuestas simples (suponer lo contrario es pecar por ingenuo y, frecuentemente, agravar el problema que se intenta resolver). Creemos, sin embargo, que cualquier intento por abordar los problemas relacionados con estas nuevas formas de interactuar debe comenzar por tomarlas en serio: están aquí y no van a desaparecer mágicamente. Más importante aún – y no se puede insistir lo suficiente sobre eso – no se trata de demonizarlas: muchos adultos y jóvenes incorporamos y hacemos uso de estas tecnologías como parte de nuestro proceso de construcción permanente de identidad sin por eso ceder a las tentaciones del exhibicionismo irrestricto.

Tomarlas en serio implica, por otra parte, conocerlas, utilizarlas, interesarse por ellas, así sea para establecer un terreno común que haga posible el diálogo con sus usuarios más jóvenes. Precisamente una de las objeciones que los jóvenes suelen argumentar para descalificar las intervenciones de los adultos respecto de estas formas de sociabilidad y socialización es que “no tienen ni idea”. Y casi siempre tienen razón. La posibilidad de discutir sobre sus alcances, sobre sus límites, sobre sus excesos y sobre sus peligros y de ser tomados en serio implica superar los prejuicios, los estigmas y las fobias hacia la tecnología y lo digital y reemplazarlas por un conocimiento que nos permita, desde nuestro lugar de adultos, de padres, de docentes, discutir sobre ellas con los jóvenes con conocimiento de causa y, por tanto, con un mínimo de credibilidad.

Pero esto es sólo una parte de la historia. Como ciudadanos implicados en la construcción de una sociedad democrática y plural debemos exigir de todos los actores la responsabilidad que nos cabe sobre nuestros actos públicos. En esto, los medios de comunicación no sólo no están ajenos, sino que cumplen un rol fundamental a la hora de (re)producir información, teniendo en cuenta que sus mensajes vehiculizan imaginarios, clasificaciones y valores. Y, en especial, cuando sobredimensionan fenómenos tan sensibles como la violencia social, la discriminación, la convivencia escolar, en donde involucran a aquellos sujetos, grupos o sectores más vulnerables.